

DE LA PERSUASIÓN SOCIOAMBIENTAL A LA EXPERIENCIA ESTÉTICA O VICEVERSA

Santiago Campos Fernández de Piérola

Octubre 2006

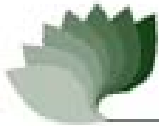
Santiago Campos Fernández de Piérola

Biólogo por la Universidad de Salamanca.

Su primera experiencia laboral está relacionada con la formación ocupacional en el programa de escuelas taller, durante este periodo, desarrolla diversas acciones de educación ambiental en distintos ámbitos, ligados al voluntariado a través de colectivos sociales y conservacionistas.

En 1992 forma parte del grupo fundador de Gestión y Estudios Ambientales Soc. Coop., empresa que desde entonces y hasta la actualidad ha desarrollado ininterrumpidamente su actividad en los ámbitos de la educación, comunicación y participación socio-ambiental. Es, además, la editora de la revista CICLOS.

Ha tomado parte en numerosos encuentros, foros y seminarios relacionados con su ámbito de trabajo, y participado en la redacción de 3 libros y varios artículos de opinión



*Sentí al verla ese deseo de vivir que renace cada vez que recobramos la conciencia
de la dicha y de la belleza*

Marcel Proust; A la sombra de las muchachas en flor. 1919.

No hay mejor forma de subversión que la belleza

Joan As Police Woman; 2006

RELATIVAMENTE PERSUASIVOS

Reconozcámoslo.

Persuasivos, lo que se dice persuasivos lo somos poco. A los educadores ambientales nos ha tocado, quizá, uno de los papeles más amargos del amplio abanico de las gentes que se dedican a la comunicación. No es de extrañar que nuestros éxitos, con un poco de optimismo, se cuenten con los dedos de una mano, y se reduzcan en el mejor de los casos a lograr que los niños separen el papel en clase o que los excursionistas se aprendan el nombre de algún animal que alguien ha decidido que es valioso.

Y es que, el mensaje que nos ha tocado en suerte transmitir, tampoco es que sea muy sugerente: ni islas paradisíacas, ni eterna juventud, ni diversión a raudales... sino precisamente todo lo contrario: abúrrete por las tardes porque no debes ir a un centro comercial; déjate los ojos para leer porque es pecado usar bombillas halógenas; imposible relajarse en el baño: una ducha rápida y basta...

La crisis ambiental es tan alarmante que nos hemos preocupado (aunque con cuidado, a veces con demasiado cuidado) sobre todo de revelarla, de darla a conocer, de mostrar sus implicaciones profundas, serias. Los educadores ambientales nos hemos querido hacer expertos en gestión de residuos para convencer a la gente de dónde tiene que tirar los envases; nos hemos empollado el ciclo del agua para proponer que las personas sustituyan el baño por la ducha, ... Nos hemos apoyado en la ciencia y la tecnología para dotar a nuestro mensaje de credibilidad y peso... aunque los resultados, como podemos ver al observar cualquier indicador ambiental, no han sido los esperados.

Nos hemos centrado en "buscar" cómplices ambientales a través de la persuasión, seguros de que mostrando la realidad (dulcificada, destilada o digerida, según los casos, la habilidad del educador o la imposición del promotor...) será suficiente para conseguir el cambio social que requiere el salto a la sostenibilidad.

Quizá este enfoque sea el adecuado. Corregido o aumentado, quizá simplemente el paso del tiempo, la labor de muchas hormiguitas tocando la conciencia de sus vecinos o sus "destinatarios", hagan saltar la chispa...

En eso confiamos casi todos. Pero entretanto, quizá podríamos probar otras formas de actuar, otros enfoques. Quizá uno de nuestros errores haya sido olvidar otras dimensiones de la psique humana y centrarnos en lo intelectual, en lo cognitivo, olvidando o tocando de soslayo otras dimensiones de lo humano que podrían servir como otras vías de acción para catalizar ese ansiado cambio social.

Quizá, sin ir más lejos, simplemente hemos olvidado cuál ha sido nuestro propio itinerario personal, ese que nos ha llevado desde la infancia hasta la actualidad a



estar tan íntimamente preocupados por nuestro mundo, que intentamos hacer todo lo posible para evitar su colapso...

UNA MIRADA ATRÁS

Deja estas hojas por un momento. Busca en tu memoria qué hecho, qué momento, en qué situación, dónde... pondrías tú el origen por tu interés o tu preocupación por el medio ambiente. Quizá no haya un momento crítico; es probable que no haya sido una especie de "llamada" sino algo más larvado con el tiempo... Pero, pese a ello, intenta jugar a este ejercicio inocente, rescata de tus recuerdos alguna imagen en la que te veas tú decidido a hacer algo para evitar lo que ves inevitable... Ahora ve más atrás. Retrocede hasta encontrarte un momento antes. Quizá unos meses, o tal vez unos años... Búscate cuando decides que prefieres acercarte a un río antes que a la sala de juegos; que te vas de fin de semana al monte con los amigos mejor que a una discoteca... Porque lo más probable es que, como yo, como casi todos, te haya inquietado el rumbo de lo ambiental después de haberlo disfrutado... más que de haberlo conocido.

De haberlo disfrutado sin saber. Sin tener la preocupación de entender cómo funciona, sino de simplemente de gozarlo. Porque has sentido en tu cuerpo algo que no habías sentido antes. Ahora quizá te atreverías a definir ese cúmulo de sensaciones (¿asombro?, ¿ilusión?, ¿sorpresa?, ¿enamoramamiento?) que te provocaban, que te siguen provocando, un placer mayúsculo y un ansia de repetir...

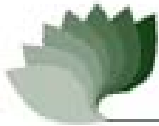
Y esta es la hipótesis de este artículo: ha sido la búsqueda de la belleza, el deseo de gozo estético, lo que nos ha acercado a preocuparnos por el efecto invernadero o por la gestión participada de lo forestal. Si no ha sido entre nosotros el acercamiento racional, el conocimiento sesudo de lo enrevesado de los problemas ambientales quien ha motivado nuestra preocupación... ¿Por qué no proponemos este mismo itinerario para nuestros sufridos destinatarios? Además, estamos privándoles de uno de los mayores gozos que el ser humano pueda disfrutar... y estamos dejando de lado un poderoso argumento sobre el que trabajar más sólidamente los valores pro-ambientales.

LA BELLEZA, ESE PODEROSO REVULSIVO

No caeremos aquí en la desvergüenza de intentar definir la belleza, ni por suerte, nos tenemos que introducir en el espinoso mundo de definir qué es bello dentro del arte, o si la creación artística debe provocar placer estético o no. Por suerte nuestro campo no es de la creación humana de "belleza" o de arte, ámbito en el que los pensadores del arte (críticos, autores y filósofos) llevan años discutiendo sobre si el arte debe provocar emoción estética... o también otro tipo de emociones (Danto, 2005).

No. Nosotros nos quedamos con lo simple, lo básico; no tenemos que entrar en demasiadas disquisiciones ni, seguramente, daremos pie a la controversia filosófica. Nosotros nos quedamos con la belleza "natural", la que no tiene nada que ver con la mano del hombre, al menos que no ha sido creada con la finalidad de provocar su contemplación.

Nos referimos a la belleza de la nieve (¿recuerdas la primera vez que la viste y que la disfrutaste?... las emociones que te embargaban, los sentimientos tan aflorados,



incluso las palpitaciones que sufriste al quedarte arrobado ante algo tan esplendoroso, que incluso te hicieron perder la sensación de frío), o la del juego de las olas sobre una dulce playa, ese continuo vaivén cuya magia no logras comprender pero que te atrapa en un ensimismamiento de no se sabe cuánto tiempo; o de la belleza de una cauta amapola que tiembla con sólo tu mirada, y cuyo rojo mitad terciopelo, mitad caricia, te emociona tan intensamente que te sorprendes con unas lágrimas queriendo asomarse por tus ojos mientras caminas absorto...

No hablamos de la belleza sesuda; de la que necesita el experto en arte para disfrutar arrobado ante un cuadro blanco sobre fondo blanco de Malevich. Tampoco la del experto entomólogo asombrado al encontrarse un ejemplar de Eurotica distinta en un saladar monegrino.

No. Hablamos aquí de la belleza intuitiva, la que asombra a primera vista. Bellezas sin ánimo excluyente. Sin deseo de determinar qué es bello y qué no; ya han discutido demasiado los críticos de arte y, sobre todo, los filósofos desde Platón hasta Marx (Lynch, 1991; Eco, 2004) como para intentar remediar esta gran incógnita que acompaña al ser humano desde que decidió manchar su mano de ceniza para estamparla en una piedra, o desde que se encontró mirando un atardecer sin otro objeto que el simple disfrute.

La belleza, además, como todos los grandes ideales que alimentan el espíritu de las mujeres y de los hombres (también la democracia o la sostenibilidad), es inasible. No será fácil acordar qué es bello, pero seguro que podemos acercarnos a conocerla como negación de su contrario y coincidimos más fácilmente en señalar lo que es feo. De todas formas, aquí y ahora hablamos de la belleza del consenso, como la definida por Kant, que aseguró que bello es "lo que agrada universalmente". Nosotros con la belleza "natural" no tenemos que enfrentarnos con los problemas que a los filósofos de la estética les proporcionan algunas obras de arte como los ready-made de Duchamp, o la oveja metida en formol de Damien Hirst...

Esa belleza simple, verdadera, incontestable. Esa que todo ser humano es capaz de detectar, que necesita como alimento de su espíritu. Esa belleza que, pese a lo que digan los sabios (y a lo que nos grita la razón...), seguimos deseando pensar que, como Daniel, el protagonista del último libro de Gustavo Martín Garzo, "la belleza, definitivamente, no es una invención humana".

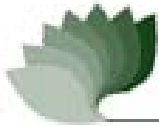
Esa belleza que conmueve, que emociona, que atrae, que provoca entusiasmo o, incluso, ese renovado "deseo por vivir" del protagonista proustiano que citábamos al principio de este artículo, al contemplar un sencillo fragmento de cielo rosa en un amanecer desde el tren (no... no se refería a una bella enamorada; era un simple amanecer el que extasiaba su espíritu). Esa belleza que es disfrute, que es evasión, que supone llevar a nuestro pensamiento a un lugar alejado de la razón... pero no menos real. Esa belleza que es gozo, que satisface al alma y al resto del cuerpo. Esa belleza cuya búsqueda es un continuo desafío a los convencionalismos.

LA BELLEZA EDUCATIVA

El gozo de la belleza es tal que supone, puede suponer, una intensísima vía de cambio personal. Una vía de exploración, de aprendizaje, y también de compromiso. El placer que proporciona la belleza atesora un montón de virtudes:



- ✓ Es innato. En todo ser humano existe la disposición a gozar de la belleza, y en todas las personas existe ese deseo de lo bello. Quizá nos falte práctica, oportunidad de gozarlo en plenitud, etc.
- ✓ Es profundamente humano. Vitalmente humano. No sólo porque no necesita tecnología alguna para disfrutarla, sino también porque nos enfrenta "desnudos" de todo... a nosotros mismos.
- ✓ Es inútil. La belleza no tiene otra utilidad que ser bella. Mejor dicho: la belleza es útil, pero sólo para ser bella, para provocar la experiencia estética. Lo dijo Kant, y creo que encierra una gran verdad. Un jarrón puede ser útil para poner flores, como objeto de cambio porque es carísimo, ... pero su belleza es desinteresada, no sirve para nada a cambio... Y de ahí parte de su grandeza. Por eso nos quedamos extasiados ante un hermoso paisaje... Lo admiramos porque es bello, porque nos regala un gozo inigualable y sin "pedir" nada a cambio. Más adelante, quizá con ayuda, nos interesará además conocerlo, y aprenderemos a apreciar su otra belleza, esa relacionada con su valor ecológico, con la biodiversidad que atesora, etc.
- ✓ Es irracional. No precisa reflexión. Ese paisaje admirado no lo es porque conocemos los secretos de sus ciclos biológicos, ni porque su historia geológica nos parezca apasionante. No. La experiencia estética está alejada del conocimiento, y tiene más que ver con la imaginación, con la intuición, ... El gozo estético, volvemos de nuevo a Kant, no precisa reflexión, ni pruebas, ni reglas, ni principios definidos.....
- ✓ Es adictivo. Y ahí radica una de sus ventajas como espoleta para el cambio pro-ambiental. Es un placer efímero (en realidad, como todos los placeres), que apenas cubre el instante de un vistazo... Pero a la vez es tan deseado que el propio disfrute de la belleza provoca el deseo de un nuevo encuentro con ella...
- ✓ Supone una actitud pasiva... pero ni mucho menos inactiva, sino más bien de sumisión: buscar la belleza, disfrutar con ella es, más que una acción deliberada, un estado de ánimo de disponernos, vulnerables, a dejarnos invadir por la belleza, a dejarnos atrapar "por sensaciones y percepciones que nos proporcionan un gozo exquisito" (Escárzaga, 1997). Es tan cómodo dejarse llevar...
- ✓ Es un goce personal, íntimo, privado. Nos hace encontrarnos con nosotros mismos... como aprendices de místicos. Sin embargo, se disfruta más en compañía, y el placer de compartir un instante único... es inigualable.
- ✓ Requiere esfuerzo. No sólo físico, para encontrar el paisaje más virgen... sobre todo intelectual. Ese hacerse vulnerable al entorno, dejarse sorprender y apasionar, abrir el alma para no se sabe qué estímulos... es un acto casi de valentía. Importa tanto el resultado de esa búsqueda de la belleza, como el camino mismo para acceder a ella...
- ✓ Es inextricable, inacabable y, como hemos apuntado más arriba, inasible. El secreto está en nosotros mismos. La belleza de un glaciar ártico es tan gozosa como la secreta melodía que agita la cola de una Lavandera en el gélido invierno de mi ciudad...
- ✓ No es aprehensible. Y por tanto, no es posible acapararla o coleccionarla. No permite la aborrecible afición humana por comercializar con las cosas. Gozar de la belleza no es un acto de asimilación, sino de participación...
- ✓ Es políticamente correctísima. No atiende a razas, sexos, edades, religiones, ideologías... Disfrutamos de ella desde una absoluta desnudez (esa deliciosa sumisión que hemos apuntado antes) de ropajes y oropeles.



BELLEZA PARA ALGO

Aunque no es su fin, la belleza la traemos aquí no como ejercicio filosófico. La búsqueda del placer estético no la contemplamos aquí como paralizante autosatisfacción. No como viaje al interior de uno mismo, cual libro de autoayuda... No. Placer estético sobre todo como resorte para la acción, como desencadenante de una implicación activa en asegurarnos el disfrute futuro. Probablemente sea también egoísta, pero quizá sea un argumento para explorar en este confuso tiempo que nos toca vivir. Llevamos muchos años dándole la matraca a la gente con escasos resultados. Quizá podamos perder unos pocos más provocándoles satisfacción. Y quizá, sólo quizá, logremos a partir de ahí una base más sólida para provocar su inquietud por el mundo que nos rodea. Al fin y al cabo, ese es el itinerario que hemos seguido muchos de nosotros para conseguir tirar el papel en el contenedor adecuado y lavarnos los dientes con el grifo cerrado. ¿Por qué vamos a ser más raros que el resto del mundo?.

Si nuestros argumentos no son muy persuasivos, intentémoslo con otros más seductores. Contamos a nuestro alrededor con oportunidades a raudales... más capaces que nosotros, pobres educadores, de enamorar.

*el breve tránsito de la lucha
la llanura o la aspereza insólita
esa muchacha recogida entre dos golfos
todo lo que extendido medita*

*permite un azul distante hecho de música o lino
el tránsito otra vez a esas bolas de paño
a esa dulce sensación de que el respiro se acaba
de que vidrieras sordas van a empezar su centelleo
y un agua casi doncella te va a llegar hasta los labios*

Vicente Aleixandre El Río [Fragmento], del libro Espadas como labios

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ECO, UMBERTO; La historia de la belleza; Ed. Lumen, 2004

DANTO, ARTHUR C.; El abuso de la belleza: la estética y el concepto del arte; Ed. Paidós, 2005

ESCÁRZAGA, ÁNGEL; Claves secretas de las vanguardias artísticas; Ed. Nuer, 1997.

LYNCH, ENRIQUE; Sobre la belleza; Ed. Anaya, 1999